

Cantaré tus alabanzas con la cítara, ó Dios, ó Dios mio.

5. ¿Por qué estás tú triste, ó alma mia? ¿y por qué me llenas de turbacion?

Espera en Dios; porque todavía he de cantarle alabanzas, *por ser* él el Salvador, que está *siempre* delante de mí, y el Dios mio.

INSPIRACIONES.

*Judica me, Deus, et discerne causam
meam de gente non sancta.
(PSALM. XLII, 1).*

Erígete, Dios mio, juez de la causa estrepitosa que sostiene la impiedad contra el Pontificado.

Libra al Pontificado de la gente impía que le acecha y del hombre inícuo y engañador.

¿Por qué permites, Señor, sea tan audaz el enemigo, que llegue á affigir al que tú elegiste por representante?

¿Por qué no arrebatas el poder del engaño y de la iniquidad, á fin de que no aflija al sacerdote veraz y justo?

Ea, Dios mio, ea: corre el velo de tu verdad, y aparta de los ojos del pueblo la nube que le impide ver tu luz: admire el universo tu luz y tu verdad reflejadas en el rostro de Pio IX, y las muchedumbres le acompañarán mansas hasta tu monte santo, y se postrarán ante él en el interior de tus tabernáculos.

¿Por qué desechas de tí á aquel que has puesto para que en tu nombre edifique y destruya?

Señor, tú eres la alegría de la juventud: sé, pues, el júbilo del Pontificado, que, contra las pretensiones del impío, no ha envejecido ni envejecerá.

Tú le diste la inmutabilidad, tú le hiciste participante de esta virtud eterna que se infunde en un

ser para que perpétuamente se remoce en el clima alentador de la vida inefable.

Aquel de quien tú eres el alimento jamás encanece: es siempre jóven: la historia del Pontificado es la historia de la juventud.

Por esto Pio IX puede cantar con David: Me acercaré al altar del Dios que llena mi juventud de regocijo.

Y si Dios le llena de regocijo, ¿cómo intentar turbarle el alma los impíos?

En vano.

Del hombre inícuo y engañoso, de la gente impía Dios le libraré: Dios ha tomado ya en sus manos la causa del Pontífice.

El día del juicio se acerca.

Y el grito de aquel día será el de

GLORIA Á Pio IX y á la Iglesia que preside, y al Dios que nos protege: como fue en el principio, y es ahora, y será siempre.—VILARRASA.

SALMO XLIII.

2. Nosotros, ó Dios, hemos oído por nuestros propios oídos, nuestros padres nos han contado

Las obras que tú hiciste en sus días, y en los tiempos antiguos.

3. Tu mano extirpó *de esta tierra* las naciones, y los plantaste á ellos: tú abatiste aquellos pueblos, y los expeliste.

4. Porque no conquistaron este país con su espada, ni fue su brazo el que los salvó;

Sino tu diestra y tu brazo, y la luz dimanada de tu rostro: porque te complaciste en ellos.

5. Tú eres, tú mismo el Rey mio, y mi Dios; tú que decretas las victorias de Jacob.

6. Con tu ayuda arrojarémos al aire y voltrearémos

á nuestros enemigos, y en tu nombre despreciáremos á los que se levantan contra nosotros.

7. Que no he de confiar yo en mi arco, ni me ha de salvar mi espada:

8. Pues tú nos salvaste de los que nos afligian, y tú confundiste á los que nos odiaban.

9. En Dios nos gloriaremos todo el dia, y tu nombre alabaremos para siempre.

10. Mas ahora nos has desechado y cubierto de confusion: y ya no sales, ó Dios, á la frente de nuestros ejércitos.

11. Nos hiciste volver las espaldas á nuestros enemigos; y que fuésemos presa de los que nos aborrecen.

12. Entregástenos como ovejas para el matadero, y nos has dispersado entre las naciones.

13. Has vendido á tu pueblo de balde: y no hubo concurrencia en su mercado ó *venta*.

14. Haznos hecho objeto de oprobio para nuestros vecinos, la mofa y el escarnio de los que nos rodean:

15. Has hecho que seamos la fábula de las naciones y el ludibrio de los pueblos.

16. Todo el dia tengo delante de los ojos mi ignominia, y está mi rostro cubierto de confusion,

17. Oyendo la voz del que me zahiere y llena de vituperios, y viendo *triumfante* á mi enemigo y perseguidor.

18. Todas estas cosas nos han sobrevenido: mas no por eso nos hemos olvidado de tí, ni hemos cometido iniquidad contra tu alianza.

19. No se ha rebelado nuestro corazon: ni has permitido que se desviasen de tu senda nuestros pasos;

20. Aunque nos humillabas en un lugar de afliccion donde nos cubria una sombra de muerte.

21. Si nos hemos olvidado del nombre de nuestro

Dios, y si extendimos las manos hácia un Dios extraño,

22. ¿Por ventura Dios no nos ha de pedir cuenta de tales cosas? Porque él conoce los secretos del corazon.

El hecho es que por amor de tí estamos todos los dias destinados á la muerte: somos reputados como ovejas para el matadero.

23. Levántate, ó Señor, ¿por qué haces como que duermes? levántate, y no nos desampares para siempre.

24. ¿Cómo es que retiras de nosotros tu rostro, y te olvidas de nuestra miseria y tribulacion?

25. Porque nuestra alma está humillada hasta el polvo: y estamos postrados en tierra, pegado nuestro pecho al suelo.

26. Levántate, ó Señor, socórrenos; y redímenos por amor de tu nombre.

INSPIRACIONES.

Hæc omnia venerunt super nos.
(PSALM. XLIII, 18).

Las obras antiguas de tus manos, Señor, ¿quién no las recordará? Destruiste el poder gentil, ahuyentaste los falsos dioses de sus corrompidos altares, hundiste los templos elevados por el hombre al hombre, y sobre el monte de las ruinas paganas edificaste pura é inmaculada tu Iglesia.

Echaste al fuego el trono carcomido de César, y pusiste en su lugar un trono de madera incorruptible del Líbano, en el que hiciste sentar al cristo de tu Cristo.

Tu mano extirpó las naciones, y plantaste en su lugar las cristiandades: abatiste los antiguos pueblos y los expeliste.

Que no es el poder cristiano creacion de la espada, sino reflejo límpido de la luz dimanada de su rostro.

Y así el Pontífice que personifica, el pueblo entero que tú formaste, educaste y engrandeciste puédetes decir con verdad: Tú eres, tú mismo el Rey mio.

Y el Rey mio es el que decretó las victorias de Jacob: ¿quién duda, pues, que con su ayuda arrojarémos al aire, y voltearémos á nuestros enemigos, y en tu nombre despreciarémos á los que se levantan contra nosotros?

Sí, que no he de confiar yo en mi arco, ni me ha de salvar mi espada: ¿qué me importa que sobornen mi ejército y que me arrebatén hasta la guardia que me dieron los siglos, mas por honor suyo que por gloria mia?

Mil veces tú, Señor, nos salvaste de los que nos affligian, y confundiste á los que nos odiaban.

¿Hay por ventura un siglo en que no fuesen repetidos los combates del orgullo y las victorias obtenidas por la mansedumbre de tus pontífices elegidos?

Nuestra gloria y nuestra alabanza será siempre Dios: Dios; á él invocaremos por auxilio.

¡Te invocaremos...! ¡ay! no, no solo te invocaremos, Señor, sino que desde ahora te invocamos y decimos: Señor, sálvanos, corre, atiende á nuestros apuros: si no recordáramos que tú prometiste á la Iglesia vida indefectible, diríamos hoy: la Iglesia perece.

Confusos estamos; ¡oh Dios!

Ya no sales á la frente de nuestros ejércitos.

¿Dónde está, pues, aquel nuestro Rey y nuestro Dios que dispuso la salud de Jacob? ¿dónde está el que hizo cuanto nuestros padres nos contaron? ¿dónde está el que ha de hacer todo lo que nos reveló el Espíritu Santo? ¿por ventura ha cambiado de proyecto?

Señor, nos presentamos ante nuestros enemigos, y tú

no te presentaste á nosotros: les vimos, y prevalecieron, é invalidados quedamos por efecto de su furor. ¿Qué se ha hecho de tu fuerza? ¿qué de tu derecha y de tu poder? ¿dónde está el mar dividido y los egipcios perseguidores sepultados en las olas¹?

Nos hiciste volver las espaldas á nuestros enemigos, y que fuésemos presa de los que nos aborrecen: como si aun en tu presencia ellos debiesen ir delante, nosotros atrás: *deputados vencedores ellos, nosotros vencidos.*

Entregástenos como ovejas al matadero, y nos has dispersado entre las naciones.

Por las naciones fuimos comidos: las naciones se comieron todos aquellos á quienes la debilidad ó la malicia hizo caer en la general corrupcion: los que no cayeron, sacrificados quedaron á la fuerza opresora de los iníquos: *lleváronlos como ovejas al matadero.*

De balde has vendido tu pueblo, y no hubo concurrencia al mercado ó venta.

De balde: porque, ¿qué gloria, Señor, has reportado de las desgracias de tus escogidos? ¿qué honor has recibido de la confusion del mayor de tus siervos?

Mas, calle ante tu acatamiento la pueril sabiduría del hombre; digamos con san Agustin: *Vidimus quos dedisti, non vidimus quid accepisti.*

Tus destinos ¿quién es capaz de sondearlos?

No sin misterio nos tienes hechos objeto de oprobio para nuestros vecinos, de mofa y escarnio para los que nos rodean.

No sin misterio nos haces la fábula de las naciones y el ludibrio de los pueblos.

De fábula servimos: sí, porque se ha dado poder á las pasiones de desahogarse contra nosotros; de in-

¹ El texto que va en letra bastardilla es sacado del excelente comentario de este salmo escrito por san Agustin.

ventar contra nosotros las calumnias mas negras, las apreciaciones mas injustificables; de atribuirnos los planes mas siniestros.

Las iniquidades que perpetran los poderes de la tierra á nosotros se nos atribuyen: son los enemigos de la Iglesia los que torturan los pobres, los que desangran al trabajador y al necesitado; y en la hora del desespero «culpád de vuestros males, les dicen, «culpád al fanatismo católico.»

Como en los días de Tertuliano, nosotros, mansos por deber y mansos por necesidad, somos los responsables de todos los siniestros naturales y políticos.

Si se desencadena una tempestad se compra al pueblo para que grite: Los cristianos á la hoguera; si estalla una revolucion, por todas partes se oye el mismo clamor: Los cristianos á la hoguera.

En fin, somos la fábula de las naciones.

Posuisti nos in similitudinem gentium.

Ve y conoce esto el Pontífice, y con voz amargada dice: Todo el dia tengo delante de los ojos mi ignominia, y está mi rostro cubierto de confusion, oyendo al que me zahiere y llena de vituperios, y viendo triunfante á mi enemigo y perseguidor.

Todas estas cosas me han sobrevenido: mas por esto no nos hemos olvidado de tí, ni hemos cometido iniquidad contra tu alianza.

Nuestros pasos no se han desviado de tu senda: hemos seguido tu justicia, aun sabiendo que apartándonos de su camino nos hubiéramos apartado de las tribulaciones.

Hemos aceptado, pues, las tribulaciones, sabiendo que ellas son el pan del que vive en la justicia: comimos y comemos alegres este pan por amor de tí, de tí, por quien gustosos sufrimos á menudo la muerte, y somos reputados como ovejas destinadas al matadero.

Hasta al polvo quedó humillada nuestra alma: nuestro pecho pegado al suelo; postrados en tierra estamos, es decir, confundidos nos tienes con los que se han anonadado haciéndote la guerra, con los que han perdido la dignidad humana, con los que han pulverizado el gérmen de virtudes que recibieron de la fe.

Son polvo ellos, y creen que nada existe superior al polvo.

Pues, Señor, apresúrate á confundirles: levántate: ¿por qué haces como que duermes? levántate, y no nos desampares para siempre.

Exurge, quare obdormis, Domine?

Ó Jesús, fuiste muerto, dormiste en la pasión, pero resucitaste ya para nosotros. Y porque para nosotros resucitaste, por esto te conocemos. Los que nos persiguen te juzgan muerto, no creen que resucitases. Levántate, pues, para ellos. ¿Por qué duermes, no para nosotros sino para ellos? Si ellos te creyesen resucitado, ¿puede concebirse nos persiguieran? Pero ¿por qué persiguen? porque para ellos aun duermes: levántate á fin de que entiendan que ya resucitaste, y así se apacigüen.

Levántate, vuelve, y no retires mas tu rostro de nuestra tribulacion y miseria.

Con la luz de tu rostro combatiremos con acierto por la justicia, y su triunfo aumentará el entusiasmo de los que en la noche de la tormenta no cesan de cantar:

GLORIA Á PIO IX y á la Iglesia que preside, y al Dios que nos protege: como fue en el principio, y es ahora, y será siempre.—VILARRASA.

SALMO XLIV.

2. Hirviendo está el pecho mio en sublimes pensamientos. Al Rey consagro yo esta obra.

Mi lengua es pluma de amanuense que escribe muy ligero.

3. Ó tú el mas gentil en hermosura entre los hijos de los hombres, derramada se ve la gracia en tus labios: por eso te bendijo Dios para siempre.

4. Cíñete al lado tu espada, ó *Rey* potentísimo.

5. Con esa tu gallardía y hermosura camina, avanza prósperamente, y reina

Por medio de la verdad y de la mansedumbre y de la justicia; y tu diestra te conducirá á cosas maravillosas.

6. Tus penetrantes saetas traspasarán, ó *Rey*, los corazones de sus enemigos: rendiránse á tí los pueblos.

7. El trono tuyo, ó Dios, *permanece* por los siglos de los siglos: el cetro de tu reino es cetro de rectitud.

8. Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad: por esto te ungió, ó Dios, el Dios tuyo con óleo de alegría, con preferencia á tus compañeros.

9. Mirra, aloe y casia exhalan tus vestidos, al salir de las estancias de marfil en que *con su olor* te han recreado.

10. Hijas de reyes son tus damas de honor: á tu diestra está la reina con vestido bordado de oro, y engalanada con varios adornos.

11. Escucha, ó hija, y considera, y presta atento oído, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre.

12. Y el *Rey* se enamorará *mas* de tu beldad; porque él es el Señor Dios tuyo, á quien *todos* han de adorar.

13. Las hijas de Tiro *vendrán* con dones, y te presentarán humildes súplicas todos los poderosos del pueblo.

14. En el interior está la principal gloria ó *lucimiento* de la hija del *Rey*; ella está cubierta de un vestido con varios adornos,

15. Y recamado con franjas de oro. Serán presentadas al *Rey* las vírgenes que han de formar el séquito de ella: ante tu presencia serán traídas sus compañeras.

16. Conducidas serán con fiestas y con regocijos: al templo ó *palacio* del *Rey* serán llevadas.

17. En lugar de tus padres te nacerán hijos; los cuales establecerás príncipes sobre toda la tierra.

18. Estos conservarán la memoria de tu nombre por todas las generaciones.

Por esto los pueblos te cantarán alabanzas eternamente por los siglos de los siglos.

INSPIRACIONES.

Virga directionis virga regni tui.
(PSALM. XLIV, 7).

El amor á la justicia y el odio á la iniquidad son las bases de la monarquía pontificia.

Con óleo de alegría ungió Dios al siervo de sus siervos en preferencia á los demás soberanos, porque vió resplandecer en su corazon la pura llama de aquel amor;

Y un trono puramente elevado sobre el amor á la justicia: ¿quién podrá derribarlo?

Bien fue escrito: El trono tuyo, ó Dios, permanece por los siglos de los siglos, y ¿por qué? porque el cetro tuyo es cetro de rectitud.

Tus doctrinas serán saetas penetrantes, ó *Rey*, que traspasarán los corazones hasta de los enemigos: y si de los enemigos, ¿cuánto mas de los dóciles y afectos?

Rendiránse, y hoy podemos decir se han rendido á tí por amor la mayoría de los pueblos.

Vinieron á ofrecerle tributo y á engrandecer su rei-

no los hijos de Tiro, esto es, las naciones del orbe: los poderosos del pueblo vinieron con súplicas humildes á pedirte les protegieras de las invasiones del orgullo desenfrenado y del poder tiránico,

Y los atendiste.

Y los pueblos agradecidos fueron presentándote otras naciones destinadas á formar tu séquito y corona; y tambien se te presentaron las compañeras de ellas: llevadas eran á tu palacio y á tu templo con fiestas y regocijos.

Jamás podrá olvidarse la memoria de tus beneficios, ó santa y cristiana monarquía del Pontífice.

Nacerán, es verdad, hijos en lugar de los padres, esto es, generaciones que desdeñarán las sumisas doctrinas de las pasadas, y establecerán príncipes emancipados del amor pontificio sobre la tierra.

No obstante, la memoria del bien es indeleble: los pueblos alabarán por los siglos de los siglos la bondad del Rey, cuyo código fue el amor á la justicia y el odio á la iniquidad.

Ea, ea, pues, tú, el soberano mas gentil en hermosura entre los hijos de los hombres; el Señor te bendijo para siempre, por esto admírase derramada la gracia en tus labios.

Cíñete, ó Potentísimo, la espada de la palabra con la cual has tronchado, como si fuera un rayo, los cedros encumbrados,

Y con esta gallardía y hermosura camina, que no hay poder en la tierra capaz de detenerte; avanza prósperamente, que no hay astucia que alcance á perjudicarte; y reina.

¡Reina, reina, reina!

Que no hay número suficiente de enemigos para arrebatar el cetro de tu mano; ni la Revolucion conseguirá jamás destronarte.

¡Reina!

Y reina, como hasta ahora, por medio de la verdad, de la mansedumbre y de la justicia; y tu diestra te conducirá á resultados todavía mas sorprendentes, mas maravillosos que los que hasta hoy has obtenido.

¡Ah! hirviendo está el pecho mio en sublimes pensamientos al contemplar que, al través de la iniquidad, cuando va sonando la hora de las soberanas prevaricaciones y de los delirios autorizados, mientras todo se oprime, desde los principios de la justicia hasta á las últimas consecuencias de la piedad, se levanta un rey que reina por la verdad, la justicia y la mansedumbre.

Al oír los rasgos del heroísmo evangélico de su reinado preguntará el porvenir: ¿Quién es este, y le alabarémos?

Nosotros nos adelantamos á contestar:

Este es el Papa; este es Pio IX.

Escriba mi lengua ligera como pluma de amanuense; arroje mi imaginacion frases ardorosas como las llamas que arroja el cráter de un volcan, y diré:

Al rey Pio IX consagro mi obra,

Dico opera mea Regi,

Mientras otros le dicen:

GLORIA Á PIO IX *y á la Iglesia que preside, y al Dios que nos protege:* como fue en el principio, y es ahora, y será siempre. — VILARRASA.

SALMO XLV.

2. Dios es nuestro refugio y fortaleza: nuestro defensor en las tribulaciones que tanto nos han estrechado.

3. Por eso no temerémos aun cuando se conmueva la tierra, y sean trasladados los montes al medio del mar.

4. Bramaron y alborotáronse sus aguas: á su furioso ímpetu se estremecieron los montes.
5. Un rio caudaloso alegra la ciudad de Dios: el Altísimo ha santificado su tabernáculo.
6. Está Dios en medio de ella, no será conmovida: la socorrerá Dios ya desde el rayar el alba.
7. Conturbáronse las naciones, y bambolearon los reinos: dió el Señor una voz, y la tierra se estremeció.
8. Con nosotros está el Señor de los ejércitos: el Dios de Jacob es nuestro defensor.
9. Venid y observad las obras del Señor y los prodigios que ha hecho sobre la tierra;
10. Como ha alejado la guerra hasta el cabo del mundo.
Romperá los arcos, hará pedazos las armas, y entregará al fuego los escudos.
11. Estad tranquilos, y considerad que yo soy el Dios: ensalzado he de ser entre las naciones, y ensalzado en toda la tierra.
12. El Señor de los ejércitos está con nosotros: nuestro defensor es el Dios de Jacob.

INSPIRACIONES.

Vacate... (PSALM. XLV, 11).

Dios es nuestro refugio y fortaleza, nuestro defensor en las tribulaciones que tanto nos han estrechado.

Existen refugios en los que no se encuentra la fortaleza; muchos de los que acuden á ellos mas bien se debilitan que se alientan.

Acudes, por ejemplo, á un grande del siglo para hacerle su amigo poderoso; y esto te parece un refugio.

Mas es tal la incertidumbre de las cosas del siglo, y tan á menudo presenciamos las ruinas del poder, que

refugiándote á tal sombra, empiezas á temer con mas anhelante temor.

Antes temias por lo tuyo; refugiándote en otro temes tambien por la suerte del protector.

Nuestro refugio no así, en él está la fortaleza. Acudiendo á él, indudablemente nos afirmamos¹.

Por esto no temerémos aun cuando se conmueva la tierra, pues sobre la tierra é independiente de la tierra está el Señor, en quien nos refugiamos.

Y aun si fueran trasladados los montes, es decir, las dominaciones terrestres, al medio de la mar, es decir, sepultados en las olas revolucionarias, impávidos quedaríamos.

Y en verdad, estremécense hoy los montes, bambolean sobre su base, desarraiganse y caen al furioso ímpetu de las aguas ó doctrinas disolventes que braman y se alborotan.

Mas nosotros no tememos las aguas: el rio que circula por la ciudad de Dios es rio caudaloso; pero que alegra por su limpidez y mansedumbre.

Dios está en medio de ella: ¿ cómo puede ser conmovida? él mismo santificó su tabernáculo: ¿ cómo puede ser manchado?

Mientras las naciones se conturban, y los reinos se disuelven, y los pueblos rasgan sus antiguas leyes, por inútiles y onerosas,

La ciudad de Dios permanece inmutable: ni una jota se quita ni modifica de su ley inmaculada, y que atrae los espíritus.

Como en un principio, Dios la protege: ¿ quién se atreverá á poner la mano audaz en el pabellon del Cordero que flota en su elevado pináculo?

El Dios de los ejércitos vigila el muro; nos defiende el defensor de Jacob.

¹ San Agustin en su comentario del salmo LXV.

Venid y observad los prodigios con que otras veces la ha defendido.

Romperá, como mil veces ha roto, los arcos; hará pedazos las armas, entregará al fuego los escudos, y alejará la guerra hasta el cabo del mundo.

Y nos dirá: estad tranquilos, y considerad que yo soy Dios; y las naciones que hoy me desprecian, ó me adorarán, ó las destruiré.

GLORIA Á Pío IX *y á la Iglesia que preside, y al Dios que nos protege*: como fue en el principio, y es ahora, y será siempre.—VILARRASA.

SALMO XLVI.

2. Naciones todas, dad palmadas de aplauso: gritad alegres á Dios con voces de júbilo.

3. Porque excelso es el Señor y terrible, Rey grande sobre toda la tierra.

4. Él nos sometió los pueblos, y puso á nuestros piés las naciones.

5. Eligiónos por herencia suya á nosotros, porcion bella de Jacob, que tanto amó.

6. Ascendió Dios entre voces de júbilo; y el Señor al son de clarines.

7. Cantad, cantad salmos á nuestro Dios: cantad, cantad salmos á nuestro Rey.

8. Porque Dios es el Rey de toda la tierra: cantadle salmos sábiamente.

9. Dios ha de reinar sobre las naciones: está Dios sentado sobre su santo solio.

10. Los príncipes de los pueblos se reunirán con el Dios de Abrahan; porque es el Dios protector de la tierra, y en gran manera ha sido ensalzado.

INSPIRACIONES.

Elegit nobis hereditatem suam.
(PSALM. XLVI, 5).

Terrible es el Señor porque excelso: domina desde su solio las humanas pasiones, y su sabiduría, colocada en infinita altura, ve y conoce la iniquidad de los planes que contra el órden por él establecido se traman.

Este nos cogió por herencia suya, porque somos la mas bella porcion de Jacob: nos amó hasta someter á nuestros piés los pueblos y las naciones.

Herencia suya somos, por esto el mundo nos desprecia y se indigna, y brama contra nosotros: resiste con audacia á todo aquel que no se aviene á llamarle Señor.

Herencia suya somos: de ahí que nos declare guerra cruenta, guerra sostenida, guerra á muerte; pero en esta parte, nuestra es la victoria.

Escrito está: «Dios ha de reinar sobre las naciones:» mientras el impío se agita y revuelve por el ceno que ha reunido á fuerza de iniquidades, Dios está sentado sobre su santo solio.

¿Quién será capaz de levantar el brazo contra su poder? ¿quién dirá: yo he destronado á Dios?

Y mientras Dios conserve su trono, ¿les será dado á los inícuos posesionarse de su herencia? No.

Él nos eligió por herencia suya; él hará valederos los derechos que nos concedió con tal eleccion.

¿Qué importa que diga el impío: «sois mi herencia?» Excelso es el Señor, y por consiguiente, al abrigo está de las furias de aquí abajo; y al paso que excelso es terrible.

Si terrible, ¿no vindicará el honor de su oprimida herencia?

Sí.